

Catorce calas para llegar a Bonifaz

Hernán Lara Zavala

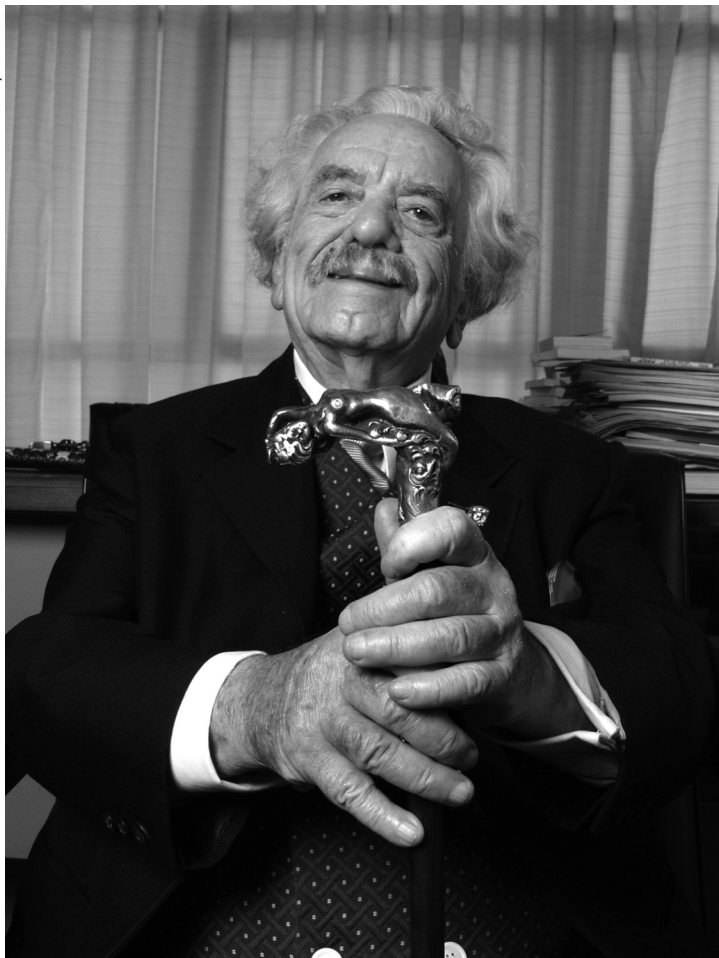
Gracias a los buenos oficios de Marco Antonio Campos y de Fernando Curiel tuve el enorme privilegio de alternar con el maestro Rubén Bonifaz Nuño durante más de una década. Los tres nos reuníamos unas cuatro veces al año en el restaurante Rioja junto con Gastón García Cantú y Humberto Muñoz, amén de algunos otros comensales esporádicos que de pronto se integraban al grupo. Don Rubén llegaba a las dos y media en punto en su Volkswagen, con lentes oscuros, vestido de negro, de chaleco y leontina, camisa blanca y vistosa corbata con un elegante fistol. Su chofer lo conducía hasta la escalinata del restaurante donde lo esperábamos Marco Antonio Campos y yo para tomarlo cada quien de un brazo y subir contando en voz alta uno por uno los escalones hasta llegar al número catorce donde la recepcionista, amable y cariñosa, saludaba a don Rubén y nos conducía a su mesa favorita. Él se sentaba en la cabecera, pedía un refresco y algo para picar y desde ahí nos hacía partícipes de sus bromas, de sus reflexiones sobre la Universidad, de sus gustos literarios, de su vida, sus amigos, sus amores y de la resistencia que había emprendido a favor de la “descolonización” de los mexicanos. Con la sonrisa siempre a flor de labios y la mirada verdosa un tanto lejana, este universitario distinguido, gran traductor de los clásicos y extraordinario poeta nos deleitaba durante dos horas y media con su sabiduría, salpicada con su juguetón sentido del humor.

En alguna de esas comidas hablamos de la afición que mi madre tuvo cuando era niña por los cuentos de Saturnino Calleja y cómo se leyó toda la colección durante las abúlicas tardes en Izamal, mientras la gente dormía la siesta y ella se hacía cargo de la panadería del tío Miguel Suárez. En la siguiente comida don Rubén

se presentó con un regalo para mí: un breve volumen encuadernado con cinco libritos de Calleja que había sacado de su biblioteca para obsequiármelo como recuerdo de nuestra conversación. Así era él: generoso de detalles delicadísimos y fina sensibilidad. A muchas de sus amigas les regalaba joyas que habían pertenecido a su familia, de las que él se desprendía sin más intención que la de ofrecer un objeto particularmente preciado para él como un símbolo de su afecto. En alguna otra ocasión le pregunté por qué insistía tanto en la “descolonización” si él era blanco, de ojos claros, cabello rizado y barba partida. “Porque la raza se elige, maestro, tengo derecho a sentirme indio por haber nacido aquí”. Así hablábamos de su generación, de Sabines, Garibay, Rosario Castellanos, Carballido, Galindo, Luisa Josefina. Disfrutábamos su presencia hasta las cinco de la tarde y cuando daba la hora, después de comer y charlar, sacaba un billete de quinientos pesos y lo ponía sobre la mesa —siempre era más de lo que había consumido—. Marco Antonio y yo repetíamos la operación de descender los catorce escalones de la escalera para dejarlo en su automóvil que lo llevaría de regreso a su cubículo en la Universidad.

Estos afortunados encuentros cobran para mí ahora importancia a la luz de la poesía de Bonifaz Nuño, uno de nuestros más altos poetas que, por desgracia, en tanto autor de culto poco difundido, no obtuvo los reconocimientos que su obra indudablemente merecía.

Permítanme iniciar con la afirmación de que Bonifaz Nuño es uno de los grandes autores en lengua española de poesía amorosa. Sandro Cohen tuvo a bien compilar una hermosa antología titulada *Amiga a la que amo*, en la que reúne algunos de sus más inspirados poemas



Rubén Bonifaz Nuño

de amor. El que le da título al libro habla de la angustia del poeta frente a la belleza de una mujer, su amiga, que como todo ser humano tendrá que someterse a los inclementes embates del tiempo, motivo de muchos poemas clásicos y que Bonifaz Nuño retoma de la siguiente manera:

Amiga a la que amo: no envejecas.
Que se detenga el tiempo sin tocarte;
que no te quite el manto
de la perfecta juventud. Inmóvil
junto a tu cuerpo de muchacha dulce
quede, al hallarte, el tiempo...

Paradójicamente ese mismo tiempo cruel cobrará, antes que al objeto amado, una víctima más cercana, el propio poeta que, en sincero reconocimiento, le pide a la amiga que cuando él envejezca no le tenga la más mínima conmiseración y lo aleje de ella para siempre:

Y cuando me haga viejo,
y engorde y quede calvo, no te apiades
de mis ojos hinchados, de mis dientes
postizos, de las canas que me salgan
por la nariz. Aléjame,
no te apiades, destiérrame, te pido;
hermosa entonces, joven como ahora,

no me ames; recuérdame
tal como fui al cantarte, cuando era
yo tu voz y tu escudo,
y estabas sola, y te sirvió mi mano.

De nuevo a esa amiga el poeta le comenta que el amor es como una enfermedad capaz de contagiar, multiplicarse y de dar la sensación de provocar en los otros la misma encendida pasión que emana del amante que la atesora como un don únicamente suyo; no obstante, en el fondo el poeta reconoce que su sentimiento amoroso es exclusivamente suyo:

Todos te aman desde que te amo,
pero yo sólo tengo la alegría
de responder por ti. Yo sólo tengo
el poder de sufrir lo que te duele...

Dado que el poeta se siente correspondido y asume el amor como compromiso recíproco acepta el amor de la mujer como parte de una dádiva divina:

Y el amor te lo debo. De tus manos
me llegó como el pan o como el aire

Toma también conciencia de sí mismo y de las implicaciones de lo que modestamente le puede ofrecer al objeto amado:

Si yo no soy más que yo mismo,
¿qué puedo darte que no sea
yo mismo?...

A partir de ahí el poeta entra en una suerte de trance, de intoxicación, de abandono de sí mismo, de obnubilación y todo lo que ocurre a su alrededor le recuerda la presencia de su amada:

Como ya no puedo
imaginar por mí —claro, entre luces
estoy viviendo, y el amor me agobia,
me emborracha, me enferma—, [...]

Hoy, por ti, me conmueven
las canciones de amor de un limosnero
que canta en el camión al que he subido

En la medida que el amor se afianza el poeta disfruta sus mieles y descubre el intenso poder que ejerce la ternura frente a las cualidades físicas de su amada y entonces le confía:

Centímetro a centímetro
—piel, cabello, ternura, olor, palabras—

mi amor te va tocando [...]
que no eres,
ya, la felicidad imaginada,
sino la dicha permanente

A pesar de ello, como parte del proceso amoroso, los celos irrumpen en el corazón del poeta para ejercer su influencia destructiva. Y así como Marcel intenta hacer prisionera a Albertine en la novela de Proust, también la voz poética se ve obligada a confesar:

Pobre de mí que a veces he pensado,
que muchas veces he querido,
fabricarte una jaula
con mi ternura, mi dolor, mis celos,
y tenerte y guardarte allí, segura,
lejos de todo, mía
como una cosa, tierna y desdichada.

Pero los celos pierden la batalla ante la entrega de un amor total, taurino, clerical y sublime:

Lleno de compasión y celos,
he llegado a cegarme en el orgullo
de contemplar la púrpura y el oro
de tu fastuoso amor...
Nada tenía yo, no pedí nada
—nada en amor puede pedirse—
y, así, me diste todo.

Y como ocurre en las lides del amor de pronto surge el rompimiento al que sucede el abandono:

No pienses que soy otro
porque mi corazón ahora,
como un muchacho triste, está llorando.
No lo pienses. El mismo
soy; el que tú dejaste...

Mi soledad, mi orgullo, ¿los recuerdas?,
ya de nada me sirven.
Desde que tú te fuiste —¿cuántos años
de infierno, cuántos siglos?—
no me defienden más...

Y una caída de desesperanza
desesperada, un grito que no suena
aparece de pronto
dentro de mí. Me lleva, me detiene
sin que yo pueda resistir. Te fuiste.

El poeta manifiesta el dolor de la ausencia como si le hubieran arrebatado su propio corazón y siente la tris-

te soledad que le impone el abandono de la amada que lo lastima y lo destruye:

Ya no mi corazón me habita el pecho,
ni el silencio ni el alma: nada es mío.
Ya de tanto seguirte estoy vacío
de lo que fui; ya estoy por ti, deshecho.

Finalmente, con su agudo sentido del humor como antídoto frente a la angustia, el poeta se ríe de sí mismo y se contempla muerto dándole el pésame a la mujer amada:

Mi viuda: el más sentido pésame,
insepulto yo, te doy ahora...

Hoy me pesa mi vejez de muerto;
pésame que no me conocieras
en otro tiempo...

Me ajusticiaron tus recuerdos
de una pasión; tus malos modos
me dieron el tiro de gracia.

El yo poético presiente la proximidad de la muerte y de algún modo la acepta y se decide a dialogar directamente con ella:

Un entonces tengo destinado;
en la aurora o en el crepúsculo
o en el mediodía de ese entonces,
me abatirán la fiebre, el asma
o la fractura que dispongas

Acepta así el poeta la muerte con resignación y desafío, como si fueran viejos camaradas, burlándose uno del otro, él despreciándola y hablándole de tú a tú:

¿Y hemos de llorar porque las cosas
están así sobre la tierra?
Hay una mujer, quedan amigos.
Y el desprecio, Flaca, a lo que dueles.
No sé si habré de morir todo;
no todo he muerto; mientras vivo,
me vienes guanga, compañera.

Rubén Bonifaz Nuño se levanta como el poeta del amor, la intimidad y la ternura, el poeta de la caballeridad, la modestia y la virilidad, el poeta generoso que lo mismo le canta a las alegrías que a las tristezas, a la soledad que al dolor, a la presencia que a la ausencia; es un poeta que sabía gozar y sufrir y que nunca olvidó reírse de sí mismo. Con gratitud interminable guardamos en su eterno descanso sus admirables páginas.